

Fernán González en el teatro español

Todos los que hayan leído comedias del siglo de oro español, habrán tenido que fijarse en la gran variedad de los asuntos que les sirven de fundamento. Entre las obras de un mismo dramaturgo encontramos comedias de tipo novelesco; otras, de las llamadas de capa y espada, y las que, por fin, tienen por base la historia antigua, extranjera o nacional. Para el teatro español (sea clásico del siglo de oro, sea romántico), viene a ser la Historia de España una fuente inagotable de inspiración. Relatos históricos o semi-históricos, leyendas medievales, crónicas, anales, cuanto recuerda los acontecimientos del pasado, la vida de los reyes, de los héroes de la Reconquista, lo aprovechan los dramaturgos con la libertad que le corresponde al arte, amoldan a su manera y recrean el ambiente antiguo; siguen o no siguen con fidelidad todos los detalles de una crónica, o en unas pocas líneas encuentran la chispa que ilumina el genio creador.

Numerosas comedias escribió Lope de Vega a base de historia, entre las cuales citaremos «El Caballero de Olmedo», «Fuente Ovejuna», «El último godo», «Los comendadores de Córdoba», «Peribáñez y el comendador de Ocaña», «Las mocedades del Cid» y «Las hazañas del Cid», de Guillén de Castro, se fundan en la vida de Rodrigo Díaz de Vivar. La historia de Aragón aparece en el teatro con «La prudencia en la mujer», de Tirso, así como se evoca la fortuna próspera y adversa de don Alvaro de Luna, el famoso valido de don Juan II, en las comedias del mismo título. También Alarcón encuentra su inspiración en ciertos sucesos referidos por Zurita, Mariana y otros historiadores, en «La crueldad por el honor» y en «El tejedor de Segovia». «La restauración de España», de Vélez de Guevara, versa sobre Pelayo y Covadonga. «Reinar después de morir», es la dramatización de la célebre leyenda de Inés de Castro.

En el siglo XIX, los escritores románticos, a quienes les gustaban tanto las cosas pretéritas, cavaron en la inagotable mina de la historia na-

cional. Citemos de paso «La viuda de Padilla», «Aben Humeva», de Martínez de la Rosa; «El rey monje», «Las bodas de doña Sancha», de García Gutiérrez; «La jura de Santa Gadea», de Hartzenbusch. «El puñal del godo», «El zapatero y el rey», de Zorrilla.

Pero no se trata de hacer ambiciosamente una lista, que sería larguísima, de todas las comedias históricas; sólo hemos querido llamar la atención sobre este sector del teatro español e interesarnos en algunas obras que se fundamentan en la historia legendaria de un héroe típicamente castellano, Fernán González.

* * *

Fue el tema de tanto gusto y agrado para el público y para los dramaturgos que hallamos un verdadero ciclo de comedias de Fernán González a través de las cuales quisiéramos estudiar de qué manera aprovecha el dramaturgo los elementos históricos, en qué acontecimientos insiste, qué rasgos pone de relieve, qué visión tiene del ambiente medieval, y al fin y al cabo, cómo la materia teatral, como un héroe de estatura épica tiene suficiente flexibilidad para someterse a las exigencias del escenario al par que a la libertad artística.

El público del Siglo de Oro podía conocer la leyenda del Conde Fernán González, sea con la lectura de los relatos, historias o crónicas repetidas veces impresas, sea con los numerosos romances que se difundían por España; unos y otros coinciden poco más o menos, porque se inspiran en las mismas fuentes.

¿Cuál es esta leyenda? Se cuenta que Fernán González de noble origen, se crió en la choza de un carbonero que le había ocultado para ampararle de los Moros; empezó desde muy joven a luchar contra los Infieles. Muy aficionado al ejercicio de la caza, un día se fué tras un jabalí, el cual se refugió en una ermita; uno de los monjes de esta ermita, Pelayo, anuncia al conde su glorioso porvenir. Efectivamente triunfa de los Moros en la batalla de Lara. Pero entre los cristianos existían disensiones. El rey de Navarra invade el vecino condado de Castilla; Fernán González exige reparaciones de los daños causados, los ejércitos se enfrentan en la Era Degollada; don Sancho de Navarra «fieramente llagado» muere en la batalla. El conde de Tolosa que pretendía vengar a Sancho es matado por el castellano conde en el combate. Pero los moros vuelven a invadir las tierras castellanas, Fernán González va al convento de San Pedro de Arlanba a rezar y allí le aparecen milagrosamente los Santos, San Pelayo y

San Millán, prometiéndole la victoria. En la batalla, interviene el siempre triunfador de moros Apóstol Santiago, y huye la hueste enemiga. Convoca el rey Sancho Ordóñez las cortes en León, a las que acude Fernán González cabalgando en el caballo de Almanzor, y llevando un azor en el puño. El rey le compra el caballo y el azor, comprometiéndose a doblar el precio por día de retraso.

Pero la reina de León doña Teresa, hermana del difunto don Sancho de Navarra, aborrece a Fernán González e imagina una venganza; con motivo de casarse con la sobrina de Teresa, tendrá el conde que irse a Navarra, donde don García le podrá prender y echar en la cárcel. Pero Sancha la prometida, liberta al conde, con tal que se case con ella. Se huyen, y en el campo se encuentran con el «mal arcipreste» libidinoso cuyas monstruosas exigencias obligan al conde a matarle.

Mientras tanto, García de Navarra que había invadido Castilla, cae prisionero del conde, pero éste liberta generosamente a su suegro.

Los Leoneses, a pesar de la valiosa y eficaz ayuda de los Castellanos contra los moros, tienen envidia al conde, y la reina imagina otra alevosía. Hace encarcelar a Fernán González que logra escaparse merced a la ayuda de su mujer doña Sancha, la cual le deja sus vestidos y puede así salir disfrazado, sin ser conocido. Luego con sus tropas se presenta delante de la ciudad, pide al rey que le pague lo debido y, como han transcurrido tres años, la suma resulta tan grande que es imposible pagarla. Así consigue el conde la tan soñada independencia.

Esta es la base de historia y de leyenda de las que se valió Lope de Vega para su comedia «El conde Fernán González».

¿Cómo nos aparece el héroe medieval? ¿Con qué rasgos resucita Lope al hombre de guerra y le introduce en la galería de sus personajes de teatro? ¿Cómo, merced a su inconfundible arte, lo medieval viene a ser actual?

Los textos antiguos habían exaltado la devoción y religiosidad del conde. La comedia de Lope pone también de relieve los sentimientos cristianos del protagonista.

Al levantarse el telón, vemos a Fernán González con un venablo en la mano; está persiguiendo a un jabalí que acaba de refugiarse en una ermita, allí donde se levantará el monasterio de San Pedro de Arlanza. En lugar de santidad, el cristiano conde se humilla y se pone a rezar devotamente, «humilde os hablo», dice dirigiéndose a Dios. Su devoción y su fe se ponen de manifiesto en varias ocasiones; si sale vencedor de las guerras que emprende, promete Fernán González construir un convento grande en el sitio donde se halla la modesta ermita. Este prometimiento se concreta después de sus victorias y dice el conde:

«A Pelayo prometí
que a su iglesia volvería,
y décimas le daría
de los moros que vencí» (1)

Y arrodillándose muy devotamente ante el altar de la iglesia, deposita Fernán González pendones y trofeos.

El cristianismo tiene ciega confianza en Dios, que le ampara y protege en todas las circunstancias. Se considera, sin orgullo, como uno de aquellos privilegiados elegidos por el cielo y que son sus campeones y propagandistas en la tierra. Por eso sabe que:

«A Dios no hay imposible» (2)

y por consiguiente, con estar compuesta su mesnada de unos trescientos soldados, podrá derrotar a un enemigo de mayor número. Todos los portentos o prodigios que asustan a los demás vienen a ser para él una evidente señal de victoria y trofeo; cuando la tierra se abre y traga a un soldado, hay que ver la mano, piensa Fernán González. (3)

Las victorias que consigue no son obras suyas, sino las de Dios todo poderoso; si sale vencedor es porque Dios no le escatima su ayuda y favor; el conde se considera humildemente como un actor movido por la voluntad divina, en beneficio de la humanidad.

Es protegido por Dios y por sus santos a quienes invoca devotamente: le aparece en sueño Pelayo que le promete su auxilio, con el de Millán y de Santiago. Estas visiones milagrosas infunden al guerrero ánimo y confianza en el triunfo. San Pelayo le dice:

«Millán y yo seremos dos soldados
que con un capitán divino iremos
y el socorro que pides te daremos».

Y el mismo Santiago enseñando su espada:

«Conde, con esta espada haré que el Moro
pierda la vida y a Castilla deje;
así estaré mañana en tu batalla,
que esta batalla durará tres días:
pero al fin vencerás. (4)

(1) Para todas las citaciones nos valemos de la cómoda edición de «La leyenda de Fernán González», selección, prólogo y notas de E. Correa Calderón, colección Crisol, número 185, Aguilat, Madrid, 1964. cf. Looe de Vega, «El Conde Fernán González» Acto I, página 291.

(2) Lope de Vega, op. cit., acto I, p. 281.

(3) Idem, idem, acto I, p. 282-283.

(4) Idem, idem, acto I, p. 316.

Si el cristiano Fernán González defiende la fe de Cristo, no lo puede hacer mejor que dedicando su vida entera a la lucha contra los Infieles que ocupan el territorio nacional. Eso explica que parte de la comedia se desarrolla en un ambiente de guerras y batallas. Claro que no aparecen en el escenario los moros, primero porque resultaba complicada técnicamente la presencia de mucha gente en el escenario, y también porque con una evocación de combates que se verifican entre bastidores, logra el dramaturgo el mismo resultado. Sin que podamos afirmar a ciencia cierta que el auténtico e histórico Fernán González tenía idea clara de la patria en el sentido moderno, el hecho es que el héroe ama profundamente a su patria chica, a la tierra de la cual es conde y que quería libertad de cualquier esclavitud y servidumbre.

En la oración que dirige a Dios, dice:

«Si vos no me socorréis
en la batalla que espero,
ella («Castilla») es esclava y yo muero» (5)

Lo de «Castilla esclava» se repite varias veces, lo cual refleja los sentimientos al par que las intenciones del Conde. Si la base de su actividad es luchar contra los moros, echarlos de los reinos cristianos y llevar la guerra hasta en Córdoba, poquito a poco, como si sus repetidos triunfos le diesen mayores ambiciones le vemos evolucionar, y el guerrero avezado a manejar la lanza o la espada en los campos de batalla se transforma en un hombre político que calcula las ventajas que puede sacar Castilla de ciertas decisiones suyas; por ejemplo, cuando se le propone el casamiento con doña Sancha de Navarra, lo acepta porque:

«el bien de Castilla intento,
porque éste tengo por bien». (6)

Piensa y reacciona Fernán González como un Jefe de Estado que no duda de sus aptitudes a gobernar y por consiguiente a independizarse, porque sus hazañas le han conferido, además del prestigio militar, gran autoridad moral y política; por eso es por que no aguanta la tutela del apático reino leonés.

¿«Qué nos falta, valientes castellanos,
si este condado de Castilla fuera
libre de los Leoneses y Asturianos
y yo ningún señor reconociera?
¡Qué de otro rey he de besar las manos!» (7)

(5) Lope de Vega, op. cit., acto I, p. 375.

(6) Idem, ídem, acto II, p. 346.

(7) Idem, ídem, acto II, p. 326.

Le cuesta trabajo ocultar sus ambiciones, pero, si en opinión del rey de León puede pasar Fernán González por vasallo revoltoso e indisciplinado, hay, en su modo personal de enfocar el asunto y alcanzar el fin que se ha propuesto, una legitimación natural, ya que sólo atiende a la grandeza de su tierra. Sin embargo, queda el conde fiel vasallo, o a lo menos, procura serlo y que lo crean. En efecto, si pide respetuosamente al rey la mano para besarla, no deja de sentirse humillado y exclamar:

«Esta fuerte obligación
que reconozco a León
para esta humildad es parte». (8)

y si intenta convencer al monarca de la sinceridad de sus sentimientos

«...yo en vida, señor,
negué el feudo y el amor
a que obligado nací». (9)

éste no se ilusiona, porque hace tiempo que le caló el secreto de su alma:

«dos años ha que a León
no venís. con intención
de alzaros con el condado (10)

Mayor no puede ser la habilidad diplomática del conde, cuando exige don Sancho que le dé «fiadores» para salir de la Corte. En efecto, ya se sabe que el rey había comprado a su vasallo un azor y un caballo, comprometiéndose a doblar el precio por día de retraso. Ya que aún no le ha pagado nada ¿cómo el conde podrá darle «fiadores»?:

«pagadme y os pagaré»,

y les recuerda astutamente al rey que no le ha pagado una deuda grande,

«que acá me tenéis mi hacienda
deuda de plazo pasado,
por escritura obligado,
y vuestra firma por prenda» (11).

Una vez libertado por su mujer doña Sancha, entonces sí que se atreve Fernán González a pedir el justo pago de lo debido, y si tuvo paciencia para esperar tanto tiempo, es que sabía que el precio vendría a ser

(8) Lope de Vega, op. cit., acto III, p. 386.

(9) Idem, idem, Acto III, p. 390.

(10) Idem, idem, acto III, p. 389.

(11) Idem, idem, acto III, p. 390.

imposible de pagar. Al fin y al cabo, el mismo rey ha caído en la trampa que sin darse cuenta se construyó para sí mismo, y lo que pide el conde no es más que el cumplimiento de la obligación firmada legalmente en una escritura.

La única manera —la que paga simbólicamente con el más alto precio—, es la tan deseada independencia de Castilla:

«...que desde hoy se llame
libre Castilla, y su conde
o rey, si le hay adelante,
que como eso muda el tiempo,
no bese la mano a nadie» (12).

Claro que en todos estos aspectos el recuerdo del personaje histórico es patente. Es que la visión del héroe no se podía cambiar, porque así le imaginaba el público, y así se perpetuaba este retrato a través de los romances populares. Pero no podía menos el dramaturgo de modernizarlo, añadiendo unos toques nuevos que le hacían más conforme con el gusto general del tiempo y con la idea que se tenía del galán de teatro.

Un guerrero tan valiente tiene que ser generoso, y lo es cuando regala a una villana una cadena de oro (Acto I). Su modo de hablar con las mujeres, aun con las del pueblo, ha de ser no el rudo y tosco de aquella lejana época medieval, sino el del siglo XVII, amanerado y precioso. ¿Qué entenderá la pobre campesina cuando Fernán González le habla de:

«la ambrosía?» (13)

Si tiene que dirigir la palabra a la reina, se expresa con la elegancia de un cortesano; sea ejemplo el siguiente diálogo:

Rey Sancho: «mucho me he holgado de veros;
dad a la reina los brazos»,

Conde: Dadme los pies.

Reina Teresa: Mil abrazos
os quiero dar.

Conde: Yo, ofrecereros
de nuevo el alma y la vida.

Teresa: ¿Venís bueno?

Conde: Cuando os veo
tengo cuanto bien deseo» (14).

(12) Lope de Vega, op. cit, acto III, p. 436.

(13) Idem, ídem, Acto I, p. 289.

(14) Idem, ídem, Acto II, p. 334.

El primer encuentro con su futura esposa se verifica en la cárcel, en Navarra. Doña Sancha, enamorada de él sin haberle visto, sólo seducida por la retumbante fama de sus hazañas, le visita en el calabozo, y Fernán González le habla con tono cariñoso y galán; por ejemplo:

«De vos no me maravillo,
más de la dicha que tengo»;
«mientras vivo, amor tan puro,
¿cómo le puedo olvidar?
«A tí, que eres mi sustento,
comérete con los ojos
con que te adoro y respeto» (15)

Para ser completamente hombre del siglo XVII, se nos aparece Fernán González como muy apegado a la idea de la honra o de la reputación que sólo se puede alcanzar con acciones personales. Cuando explica a sus hidalgos que no se gana

«la buena opinión y fama
durmiendo en la blanda cama,
sino con las armas dobles;
no se adquiere el nombre honroso
con el ocio, el juego, el vicio,
sino con el ejercicio
del acero belicoso» (16),

ea como si oyéramos la sentencia muy conocida de Cervantes: «Cada uno es hijo de sus obras», que se lee en el «Quijote». Aunque existía la idea de la honra, en la Edad Media, hay que confesar que Fernán González expresa este concepto de una manera muy moderna, fundándose en el mérito personal que uno adquiere con sus acciones y sus obras (17).

Un gentilhomme como Fernán González, cumple siempre con su palabra; se ha comprometido, por ejemplo, en luchar en singular combate con don Sancho de Navarra, por consiguiente

«...delante debo ir
a buscar y a combatir
tan fuerte enemigo mío» (18).

(15) Lope de Vega, Acto II, p. 374-378.

(16) Idem, ídem, Acto I, p. 306.

(17) Cf. Gustavo Correa. «El tema de la honra en el Poema del Cid», en «Hispanic Review», t. XX, p. 185-199. Alfonso García Valdecasas, «El Hidalgo y el honor», «Revista de Occidente», Madrid, 1948.

(18) Lope de Vega, op. cit., Acto I, p. 307.

Un vasallo tiene que obedecer y cumplir con la orden del rey; irá el orgulloso Fernán González a León, aunque le cueste que un castellano tenga que besar la mano del rey:

«Sigamos la lealtad que nos anima,
hoy vamos a León, tomad caballos,
que el hombre noble la opinión estima;
a los reyes, servirlos y agradarlos.,
aunque no negaré que me lastima
que mano bese a ningún hombre humano
un señor del condado castellano.
Téngolo por afrenta, y de Castilla» (19)

Llega un momento en que Fernán González se halla en una alternativa moral: su mujer Sancha se ha sacrificado por él y queda en la cárcel para que él pueda salvarse. ¿Qué importa más, libertar a su mujer o lograr la independencia de Castilla? ¿Cuál de la política o del amor se lleva la ventaja? El debate, que no parece que tiene nada corneliano para el conde, pero que recuerda, en cierto modo, los casos que se planteaban en las medievales cortes de amor de los Trovadores, se resuelve en seguida; al amor se da la primacía, y con estas palabras lo explica el héroe:

«Paciencia tuviera a injurias,
vasallos, mientras no reino,
mientras tributario soy,
mientras Castilla es condado;
pero estoy enamorado
y más obligado estoy;
amor no quiere paciencia» (20).

La figura de doña Sancha de Navarra resulta, en general, muy conforme con la pintura que de ella se hacía en las crónicas. Es una mujer resuelta, enérgica y varonil, que impone su voluntad y lleva a cabo su proyecto. Después de enterarse de quién es Fernán González, se enamora de él sin haberle visto nunca, y determina salvarle, con tal que se case el conde con ella.

En el encuentro de los dos fugitivos con el estudiante Ugardo, finge ella astutamente, para que suelte las armas, acceder a sus viles propuestas.

Exhorta a que los castellanos defiendan al conde, con elocuencia apasionada, que recuerda a la Laurencia de «Fuente Ovejuna, de Lope, o a la heroína del mismo nombre de «La Dama del Olivar», de Tirso:

(19) Lope de Vega, op. cit., Acto II, p. 329.

(20) Idem, ídem, Acto III, p. 424.

Yo dejaré las dueñas y el estrado,
dadme una espada y un arnés. ¡Qué trance!
y vamos a morir o darle vida.

.....
Yo libraré mi esposo...» (21).

Para librarle, imagina irle a ver de peregrina y hacerle salir disfrazada con sus mismos vestidos. Es una burla por amor — que se suelen perdonar en el teatro —, porque aquel a quien defiende es su marido, pero esta burla por amor tiene repercusiones políticas, ya que con la propia libertad del conde se logra la de Castilla.

Esta comedia sigue las varias fases de la leyenda tradicional. Sin embargo, notamos algunas modificaciones. Si lo maravilloso cristiano es de mucho efecto en el teatro, limita su uso el dramaturgo, ya que suprime la aparición de la serpiente de fuego que, según las crónicas, tanto impresionó a los mesnaderos cristianos. El episodio en que don García cae prisionero de los castellanos, desaparece porque no tenía ningún interés en la estructura de la comedia. Quita también Lope de Vega lo del socorro que pidió el rey de León a Fernán González; desde el punto de vista de la construcción de la intriga, tampoco era necesario, dado que el Rey hubiera tenido otra deuda, además de la del azor y la del caballo, que pagar a su tan célebre vasallo. Si al mal arcipreste le sustituye un estudiante en teología, era para la decencia y para evitar el escándalo.

Lope organiza los varios elementos dramáticos de la comedia, para poner de realce a los dos principales protagonistas. Se unen en esta obra epopeya y amor, venganza y patriotismo. A la vez que guerrero valeroso y cristiano, es Fernán González galán y hombre de honor, mientras que en la navarra doña Sancha se funde la mujer varonil de la tradición con la dama de la comedia, que gana a un novio, defiende a un marido, salva a un héroe, y se porta como si hubiera sido siempre castellana, defendiendo con su esposo los intereses de su patria adoptiva.

No extrañemos la presencia de unos villanos en la elaboración del drama. Sabido es que a Lope le gustaba añadir a la intriga principal una intriga secundaria para suavizar, a veces, lo excesivamente dramático de la obra. Mezcla el dramaturgo en un mismo crisol lo popular con lo histórico, porque en la dramatización de la epopeya y de la leyenda, la verdad o, a lo menos, la verosimilitud, le parece más completa y más en armonía con las realidades de la vida.

ANDRE NOUGUE

(21) Lope de Vega, op. cit., Acto III, p. 400.